

# GORGONA PULP EDICIONES



PRESENTA...



# CAZADOR DE STRÍGES

POR SOÍZIK STÍWELL

## Créditos

### Los perros del aire: La historia de Manana

**Colección:** Penúltimo escalón

**Segunda Edición:** enero 2016

**Código:** COD 9785400038635050064

**Autor:** Soizik Stiwell

**Ilustración de portada:** Elías Fosco

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso

**Corrección de estilo:** Elías Fosco

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Gorgona Pulp Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Darío Vilas*

*Con un agradecimiento especial a  
Manuel Martín Sánchez*

## CAPÍTULO I

### LA NOCHE DE LOS DIFUNTOS

**E**n su memoria estaba grabado con total precisión el vaivén del cartel de madera en su armazón de hierros oxidados. Su chirrido incesante, rítmico, el contorno desbastado por el carpintero poco antes de la inauguración de la posada, los colores maltratados por el tiempo, el sol, la lluvia... pero por mucho que se esforzaba, era incapaz de recordar el nombre. Para él, aquel lugar de su pasado carecería ya por siempre de una palabra que lo designase. Incluso denominaciones como «hogar» o «casa» no terminaban de encajar. ¡Cómo llamar así a aquel desdichado caserón azotado por la tempestad en la eterna noche funesta que por siempre habitaría su recuerdo! No, ya no era su hogar, si es que lo había sido en algún momento. El punto de partida, tal vez. Un lugar sin nombre.

Desde luego, no se lo preguntaría a él. Su salvador honraba demasiado la memoria de los muertos, y no solo por su trabajo, y temía que tomase por una imperdonable afrenta haber olvidado cómo bautizaron sus padres a aquella malhadada posada. Algo de un jabalí, creía, pero ¿cómo dar forma a ese pensamiento cuando incluso sus progenitores no eran más que una sombra sanguinolenta, un amasijo de gritos de espanto, la noche en que todo cambió?

Gorgonio lo dijo muy claro: «Ven, chico; ahora yo me ocuparé de ti.» Dios, cómo se sacudían las contraventanas...

Había sido un día como otro cualquiera. El sol estaba pesado y el aire, pegajoso. Las chicharras, insistentes como moscas ciegas, aturdían con sus lamentos. Y por mucho que la idea fuera tentadora, todavía tenía mucho que hacer antes de poder

recostarse plácidamente a la sombra. El viejo Canias lo había dicho señalando el cielo con su gayata: «Va a caer una buena, a cántaros nos va a llover el agua.» Aunque no hubiera una sola nube en el cielo, aquello era más seguro que palabra de notario, así que, con total probabilidad, aquella noche les llegaría algún viajero despistado en busca de refugio.

Lorién se echó al hombro el saco de grano y fue hacia las caballerizas, resignado. Esa noche, desde luego, hubiera preferido pasarla junto al fuego, contando historias con su hermana, y no corriendo para arriba y para abajo para acomodar a algún tratante, pero teniendo en cuenta las fechas, y la que iba a caer, ya daba por hecho que, camino del mercado de Chaca, alguno pararía en su fonda. Con lo que no contaba, ni él ni nadie, era con la visita de la bruja. Quién hubiera podido hacerlo...

Tras el crepúsculo, restallaron los relámpagos. Rompían el velo nocturno con dedos de muerto, afilados y brillantes, deslumbrando a los murciélagos y espantando a las lechuzas. Incluso los perros, en el patio de atrás, ladraban con cada trueno. La madre refunfuñaba entre dientes al ver que la hora avanzaba y, a pesar de la virulencia de aquella tormenta de verano, nadie llamaba a su puerta.

—Tanto puchero y ahora no hay quien se lo coma.

Lorién levantó la vista del hogar, pero no se atrevió a decir nada. Su madre no hubiera compartido su entusiasmo y hubiera sido una lástima irse a dormir sin cenar cuando la mesa iba a estar tan bien surtida.

—Anda, mujer —intervino su padre, apenas un esbozo oscuro en su memoria acodado en la cadiera—, no hagas mala sangre, que no vamos a tirar nada. No es de buenos cristianos lamentarse porque haya demasiado que comer. Mejor eso que pasar hambre.

Un trueno subrayó sus palabras y la silueta de la mujer, sin deseos de discutir, fue poniendo los cubiertos en la mesa. Lorién se sonrió y, a su lado, su hermana le correspondió con una mueca desdentada.

—Lorién, marcha a ver si la puerta de atrás está bien cerrada —resonó una voz ambigua, cavernosa, en su desdibujado recuerdo. ¿Padre? ¿Madre? ¿Fantasma? Difícil saberlo en el eco distorsionado que devenía pesadilla.

Enfiló el pasillo que se abría bajo la escalera y caminó a tientas, sin vela que lo alumbrase, hacia el patio trasero. La puerta estaba cerrada, de eso estaba seguro, pues nadie había podido levantar la tranca con la que la aseguraban en cuanto caía la noche y, además, no notaba ninguna corriente de aire; pero, aun así, tenía que comprobar otra cosa. A eso, en realidad, le habían mandado.

En el exterior retumbaban los truenos, infatigables, cada vez más cerca unos de otros, pero la tormenta ya no molestaba al chiquillo: aquella noche no habría visitantes, no a aquellas horas, y sí una mesa bien surtida en cuanto se asegurase de que... extendió la mano y dio con el grueso clavo hincado en el madero que hacía de dintel, pero no encontró la salvaguardia. En ese momento, cuando sus tripas se encogían como al cruzarse con una víbora, un relámpago robó un destello al filo de las tijeras: estaban clavadas en el suelo.

—Gracias, Santa Bárbara —musitó al recogerlas del suelo. Con ellas se persignó, fugaz, y luego, todo lo rápido que pudo, las abrió y las colgó del clavo—. Guárdanos la casa también en esta tormenta, santa patrona —añadió con la mirada fija en la cruz que formaban las dos cuchillas.

Cruz y hierro, la mejor protección contra los malos espíritus en las noches agitadas, y aquella, desde luego, lo era. Solo había que prestar oídos a los ladridos furibundos de los perros y al restallar de la tempestad. Inquieto por estar tan lejos del hogar, Lorién marchó de vuelta al salón. Sus pies trastabillaban en el irregular pavimento de piedras, pero aquello no le frenaba: la boca se le hacía agua pensando en la comilona que lo aguardaba. Entonces, los perros callaron y él detuvo sus pasos.

Aguzó el oído.

El agua repicaba en el techo de pizarra, el viento empujaba las contraventanas. Más allá, el fuego crepitaba. No oía ni cubiertos, ni susurros. Algo se anudó en su garganta, atenazándola; un mal presentimiento.

Lorién sintió ganas de llorar, el terror resbalando por su espalda como un líquido denso y frío. No era el miedo que había sentido cuando se quedó encerrado en la leñera, ni el de verse rodeado por los perros del molinero. Era algo mucho más intenso, ancestral. Era la llamada de la supervivencia que aferraba con mano huesuda su espinazo y lo obligaba a mirar la realidad: no eres más que una presa.

Sin aliento con el que lanzar un grito, avanzó a grandes trancos hasta el salón, y en ese momento un rayo decapitó la chimenea. Dentro de la casa quedaron abrumados por el bramido de la roca hendida y la conmoción del fuego sacudido por el viento, y luego se enseñorearon las sombras. El chiquillo dejó que lo abrazaran y, arropado por ellas, se acurrucó en el camastro de las arañas.

*¿Dónde?*

Desde allí la vio llegar, vomitando su propio cuerpo por los respiraderos de la chimenea.

*No pienses en eso ahora, chico.*

Como un cáncer de muerte.

*No pienses en eso ahora, chico.*

Llevaba unas desgastadas botas abotonadas hasta la rodilla; eso fue lo primero que vio del cazador. Luego su guardapolvo de cuero desplomándose sobre el suelo al arrodillarse y su mano curtida al tomar con firme delicadeza el rostro desencajado de su hermana. Fue entonces cuando se puso en pie, cual sonámbulo, la mirada perdida por la estancia. El fuego ya no la iluminaba: el leve clarear de un nuevo día, de un nuevo día que nunca creyó poder contemplar, dibujaba los muebles volcados y los cuerpos

inertes. Él los contemplaba en silencio, solemne. Él, el cazador de striges.

–Ya se ha marchado –anunció por fin a quien quiera que le hubiera acompañado hasta la posada, y su voz se impuso de tal modo sobre el caos y la zozobra que Lorién rompió a llorar.

El recién llegado, sin embargo, a pesar de haberle oído claramente, no hizo mención de descubrir su escondrijo. Sin volverse, de espaldas, se acomodó en un taburete y sacó una pipa. Con un suave rumor, un fósforo le brindó fuego; la chimenea apenas contenía algunas brasas.

–Entonces, ¿ha sido...? –Lorién reconoció la voz, inusualmente temblorosa, de Masador.

–Una bruja, sí –le cortó el hombre con cierta brusquedad.

–¿Y ellos? –intervino una voz mucho más serena; correspondía, sin duda, al mosén.

–Muertos, los tres están muertos.

–Eran cuatro –repuso, lúgubre, Beturián, un labrador cuyas propiedades lindaban con la posada; siempre había tenido buen trato con ellos: era quien les suministraba el heno para las bestias y las caballerías.

El forastero meneó la cabeza y señaló con la pipa, sin volverse apenas, al chiquillo pálido como un aparecido que los miraba desde un rincón. Los vecinos se sobresaltaron.

–Lorién –suspiró alguno.

–Es mejor que saquen los cuerpos de aquí, y que vayan preparando una pira.

–¡Ni lo sueñe! –lo interrumpió el mosén–: Eran buenas gentes y recibirán cristiana sepultura.

–Entonces –dijo el cazador abarcando en un gesto vago la casa– haré noche aquí. –Al reparar en el espanto de los presentes,

añadió—: Es una posada, ¿no? Además, alguien tendrá que velar a los difuntos.

Aquellas palabras robaron el poco color que quedaba en sus rostros cenicientos. Las manos volaron en apresuradas cruces y los labios musitaron plegarias. Alguien, consciente de todas las implicaciones de la macabra situación, preguntó en voz alta:

—¿Y qué va a ser del zagal?

Lorién siguió quieto, en su rincón. Daba la impresión de que, por fin, se daba cuenta de que ni siquiera había abierto la boca. Aquel mutismo lo hacía más inasible, más espectral, y era evidente que suscitaba desconfianza en sus convecinos. Sin embargo, no tenía ninguna respuesta que dar. ¿Qué iba a ser de él?

Tras un persistente silencio, el forastero se puso en pie y, tendiendo la mano hacia el huérfano, le dijo:

—Ven, chico; ahora yo me ocuparé de ti.

Afuera, el aire, como el mar en la resaca, seguía moviendo las contraventanas.

Puede que fuera por el silencio sobrenatural que se había asentado en la zona, o quizás por las impresiones de la noche, pero aquella misma mañana la posada ya parecía una casa fantasma. Los perros no ladraban; al igual que los gatos, habían desertado la casa familiar para perderse por las callejas del pueblo. La chimenea apenas exhalaba una tímida hebra de humo y no resonaba en el interior el eco de ningún trabajo: los escasos ayudantes del mosén se andaban con mucho cuidado de no hacer ruido al recolocar los muebles al derecho y los ataúdes sobre las mesas, y las plañideras amortajaban a los fallecidos apenas musitando entre dientes sus rosarios. De algún modo, aquella quietud ayudó a Lorién en su primer día con Gorgonio.

—¿Dónde te habías metido, chico? Debía de ser un buen escondite...

–En el camastro de las arañas –contestó con cierto rubor; esconderse le sonaba a cobarde. Unas lágrimas se agolparon en la comisura de sus ojos.

–¿Dónde? –El cazador, a pesar de su rudo aspecto y su siniestra mirada, tenía un timbre de voz que insuflaba algo parecido a la alegría. Ánimo, tal vez.

–El camastro de las arañas –repitió Lorién con media sonrisa–. Así lo llama mi padre: «Como no os calléis de una vez, vais a dormir en el camastro de las arañas» –imitó a desgana su voz.

–Suenan aterrador. –El deje bromista era más cómplice que hiriente, así que el chiquillo contuvo un escalofrío y continuó:

–Es una leñera excavada junto a la chimenea. En ella se va secando la madera; caben unas buenas brazadas.

*Y muchas arañas*, pensó sin poderlo evitar. Aquel rincón de la casa lo aterraba, lo helaba su mera imagen. Nunca hubiera imaginado que lo usaría de refugio; tampoco que existiera realmente la criatura que los había visitado aquella noche. Cuentos de viejas.

–Por eso pude ver al monstruo; se escurrió por el tiro a pesar del fuego. Era –su voz se entrecortó, estrangulada por un recuerdo frío y viscoso–, era como una pesadilla, negra y sucia... hambrienta.

–No pienses en eso ahora, chico. –Había una autoridad insoslayable en la voz del cazador–. Ya habrá tiempo para hacerlo.

La noche se cernió sobre ellos mucho antes de que el horror se atemperara. Con las últimas luces del día desaparecieron los pocos vecinos que quedaban. Parientes, amigos, allegados... fueron marchándose, uno a uno, en un leve goteo que desangraba la casa. Bajo la luna restaron el chiquillo, el forastero y el párroco. Sobre ellos no pesaba ninguna amenaza de tormenta, pero, en cambio, la presencia de los tres cadáveres oprimía sus pechos.

—No tardarán —anunció Gorgonio en un momento indeterminado del denso silencio que ni siquiera el fuego rompía. ¿Para qué encenderlo en una casa muerta?

—Están ya con Dios —masculló el mosén sin dejar de desgranar las cuentas de su rosario. Su mirada mostraba, seca, qué caminos eran transitables en su parroquia.

—No me preocupan sus almas —insistió el cazador—, que no dudo estarán con el Altísimo, sino sus cuerpos. Cuando la suggia emponzoña, solo el fuego puede purificar.

—Aquí damos cristiana sepultura a nuestros muertos.

—Aquí, como en todos lados, la fosa es terreno fértil para las bruxas.

Un nuevo silencio se instauró en la estancia y Lorién no osó siquiera plantearse romperlo a pesar de la cantidad de preguntas que se agolpaban en su cabeza. ¿Por qué no tenía acento foráneo el cazador? ¿Por qué el mosén no lo echaba con cajas destempladas si tanto recelaba de sus afirmaciones? ¿Por qué había venido esa criatura a su casa, que estaba protegida por el hierro y la cruz?

—¿De dónde viene? —La pregunta del sacerdote flotó en el aire, incrédula, unos instantes.

—¿Nunca había visto ninguna?

—Ganado enfermo, algún niño llevado por la consunción —meneó la cabeza apesadumbrado—, pero nada como esto. Por la canal tienen más problemas con las brujerías, pero en mi congregación no hay registros de hechos como estos. Ni siquiera en el obispado...

—Esto no son cuentos para asustar a los zagales, mosén. Los striges son algo mucho más siniestro; unas jaculatorias y cuatro tijeras abiertas no los van a espantar. Al de anoche lo persigo desde hace meses; siempre se me escurre entre los dedos...

—¿Desde dónde?

—He oído que vienen del Oriente, pero no sabría decirle. A este le sigo la pista desde el otro lado de los Pirineos. He enterrado por el camino a docenas de buenos cristianos...

El sacerdote levantó la cabeza bruscamente, como alertado por una blasfemia.

—Es un modo de hablar, mosén —acotó Gorgonio—: el fuego es lo único que puede purificar su rastro maligno.

Lorién nunca había oído hablar de cremaciones. En su pueblo, los muertos volvían a la tierra. Era ley de vida. Tres días de velatorio y a la fosa. Tres días de despedidas silenciosas mientras la montaña seguía con sus quehaceres y los familiares más lejanos rendían una última visita a los suyos. Jamás se le hubiera ocurrido otro destino para los suyos, ni siquiera para su desdentada hermanita. Jamás. La mera idea de prenderles fuego espeluznaba lo más recóndito de su ser. Entendía al mosén cuando gritaba: «¡Aquí no se quema a los buenos cristianos!»

Y, sin embargo, un horror mucho más profundo, como una tumba excavada hasta el infierno, revolvió sus entrañas cuando, por el rabillo del ojo, vio temblar la mano de su padre.

—En ese caso —continuó el cazador con el mismo tono, como si no hubiera visto aquel leve pero revelador movimiento— será mejor que lleve al chico a su habitación.

El sacerdote también reparó en el temblor, era imposible no hacerlo, pero sin dejarse dominar por el que estremecía sus propios huesos, replicó:

—Lorién sabe llegar solo hasta su cuarto. Yo he de quedarme donde mi rebaño necesita más mis rezos.

El chiquillo oyó sus palabras como a través de un sueño, y aunque anegaron de orgullo su inocente corazón, no les prestó oídos. Sus ojos siguieron fijos en esa leve sacudida de las uñas rotas de su padre, de esos dedos torneados en el duro trabajo diario. En las líneas de la mano horadadas en tierra negra por el

mango del astral y la ajada. Solo cuando el cuerpo entero se alzó salió por fin corriendo como alma que lleva el diablo.

Un portazo y sombras. El horror al otro lado de la madera maltratada por el tiempo. Lorién no percibió la humedad de las lágrimas en sus mejillas, ni los gritos y los golpes que llegaban desde abajo. Sus oídos estaban hechizados por el chirrido persistente del cartel que anunciaba la posada, el descanso del viajero, y por el canturreo que desde su propia boca invocaba a santos y ángeles de la guarda en lo más oscuro de la noche. Sus pupilas, fijas en un rincón de la estancia, se prendían de una araña que, perezosa, se descolgaba hacia el suelo. Más allá, su propio lecho aguardaba bien hecho, como lo dejara hacía ya dos mañanas, cuando salió temprano a comprar leche a los de Casa Antón. Hubiera deseado saltar sobre él y arrebujarse debajo de las mantas, pero supo que no lo haría nunca más. Al igual que tampoco lo haría su hermana, con quien lo había compartido desde hacía seis años, jamás volvería a disfrutar de la suavidad de sus sábanas.

Su mundo se había terminado. No había sido la peste, como siempre temió su abuela, ni ninguna alimaña del bosque, sino el monstruo con el que tantas noches le habían metido miedo en el cuerpo, con el que los hacían callar cuando seguían hablando y hablando, perdidos en sus fantasía infantiles, aun después de haberse acostado. Sí, el monstruo había acudido por fin a la llamada, pero se había olvidado de llevarlo con el resto de su familia.

Sin darse cuenta de que el flujo de sus lágrimas aumentaba al tiempo que se recrudecían los ecos de la pelea en el piso de abajo, Lorién dejó que aquel terrible llanto borrara, poco a poco, la silueta de sus seres queridos. Partieron las sonrisas de la madre, la afectuosa mirada de su padre cuando lo veía hacerse con el mulo o imponerse a los perros, las trenzas royas de su hermana... Solo quedó un borrón oscuro mezclado con las sombras de una noche

funesta, el lienzo en el cual el chirrido de un cartel oxidado dibujó una macabra pesadilla.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Haré diez ahora para el invierno.

—¿Y tienes nombre?

—Lorién.

—Encantado, Lorién. Mi nombre es Gorgonio, y me encargaré de que, de ahora en adelante, no te pase nada. Para empezar, voy a enseñarte un oficio: el mío. ¿Has oído hablar de los cazadores de striges?

—Eso son cuentos de viejas...

—No, Lorién: son cuentos para asustar a los niños. Y estos hacen bien en tener miedo.

*El miedo no es nada de lo que avergonzarse.*